

A la corta del pan  
iremos todos

¿Bajó qué arcillas vas, hermano mío?  
¿Bajo qué piedras luchas que no me oyes?

Yo te espero en la vida, yo te espero  
—metido hasta los muslos en tu nombre—  
con los brazos en vilo, recordándote  
que la alegría en secreto te recorre,  
que no hay motivo para que perdures  
aplastado debajo de los dioses...

Más que cualquier ciudad es poderosa  
la ternura del hombre.

Más que cualquier camino es caminante  
la pisada del hombre.

Más que cualquier silencio tranquiliza  
lo piadoso del hombre.

Más que cualquier olor es delicioso  
el perfume del hombre.

Y más que cualquier dios es creadora  
la esperanza del hombre.

¿En qué sepulcro nos podrían hundir  
que no resucitáramos veloces?

¿En qué fuego podrían sumergirnos  
que no fuéramos duros como el bronce?

¿En qué desolaciones enterrarnos  
que no nos levantáramos de noche?

Sin saberlo lavamos, hilo a hilo,  
la humillación de nuestro viejo nombre.

Quedaremos de pie sobre las luchas,  
las soledades y las rebeliones...

Paz para el corazón que no ha nacido,  
hermano hombre.

Paz para la camisa trabajada,  
hermano hombre.

Paz para el que se esponja de esperanza  
amasando granadas en la noche.

Paz para la ciudad que tiene el odio  
guardado entre barrotes.

Paz para el niño que ahora mismo nace  
ignorando la lucha de los hombres.

Paz para el que la ama o la desprecia,  
hermano hombre.

Paz para el que anochece antes de tiempo  
en las minas del cobre.

Paz para el guerrillero que levanta  
su corazón de islote.

Paz para el caminante y su camino.  
Paz para el sacerdote.

A la corta del pan iremos todos  
chorreando eternidad.

De la textura viva de la sangre  
sacaremos la paz, la luz y el pan.

A la corta del pan iremos todos,  
cada uno con su piel de caridad,

y un fusil escondido por si el odio  
nos quiere encarcelar.

No te ofrezco la paz, hermano hombre,  
porque la paz no es una medalla:  
la paz es una tierra esclavizada  
y tenemos que ir a libertarla.

Yo te pido el amor y la ternura,  
el músculo, los gritos y las garras,  
la agilidad del pie, el fuego del canto,  
la hoguera del deseo y la mirada.

Pertrechados con luz, con alegría,  
con sueños, cuerpos y almas,  
saldremos a tomar la paz a golpes  
aunque tengamos que despedazarla.

Buenas —como una cena de alegría—  
son la harina y la miel de la esperanza.

Tiernas —como la piel recién nacida—  
son la carne y la luz de la esperanza.

Dulces —como la pulpa de la uva—  
son la savia y la flor de la esperanza.

La esperanza que no sale del humo.  
La que es de puro hueso y pura entraña.

La que viene rompiendo humillaciones  
desde el subsuelo, el útero y el alma.